

ODA XI.

Á LEUCONOE.

Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi

No intentes, oh Leucónoe, presumido
Saber (que no es debido
Satisfacer tan criminal deseo)
Qué término conceden
À ti y á mí los dioses, que lo pueden,
Ni computar el número caldeo.

¡Cuánto es mejor sufrir lo que viniere!
Ora Jove nos diere
Muchos inviernos, ora el postrimero
Tal vez aqueste sea
Que el mar Tirreno con furor golpea
De cava peña en el escollo fiero.

Sé sabio, y cuela, cuela el dulce vino;
Y en tiempo tan mezquino
Tus esperanzas corta. Presuroso
El tiempo se desvía
Mientras hablamos: goza de este día,
Que gozar del siguiente es muy dudoso.



ODA XII.

Á AUGUSTO.

¿Quem virum aut heroa lyra vel acri

¿Á qué varón, héroe, ó sacro numen
Con lira ó flauta cantarás, oh Clío?
¿Cúyo ha de ser el nombre que resuene
Gárrulo el eco

Del Helicón en la sombrasa orilla,
O sobre el Pindo, ó sobre el Hemo helado
De donde á Orfeo atónitas siguieron
Tácitas selvas,

Á Orfeo blando que paraba el curso
De río fácil y mugiente Noto
Y tras él iba, cual si oyera el canto
Húmida encina?

Qué ¿por ventura, cantaré primero
Las alabanzas sólitas del Padre
Que à dioses y á hombres, tierra y mar y al orbe
Próvido rige?

Nada más grande se engendró que él mismo;
No tiene par, ni semejante encuentra;
Tan sólo Palas alcanzó en su gloria
Próximo asiento.

Baco atrevido, fuerte en las batallas,
He de alabarte, Virgen de las fieras
Cruda enemiga, como á ti y al diestro
Íncrito Apolo.

He de cantarte vencedor Alcides,
Y, équite á Cástor, luchador á Pólux
Ambos insignes, de la madre Leda
Gémina prole,

Cándida estrella que si alumbra al nauta
Deja al escollo la espumosa linfa,
Se amansa el viento y huye la temible
Présaga nube.

Y porque acordes lo quisieron ellos,
La ola crespada que amenaza hundirlos
En el instante se descoje y cubre
Límpido al ponto.

Dudo si acaso cantaré en seguida
De éstos, al claro Rómulo ó de Numa
El religioso, próspero y pacato
Célebre reino;

O de Tarquino las insignias regias
Haces famosas, de Catón el sabio
La generosa por doquier sabida
Bárbara muerte.

Régulo insigne, con invicta Musa
Agradecido narraré tus hechos,
Y á los Escauros cantaré y al cónsul
Mísero Paulo,

Á Paulo el grande que la vida pierde
En lid gigante, vencedor Aníbal,
Y á aquel Fabricio que de casto y sobrio
Título alcanza.

Á éste, y á Curio desgrefñado y hábil,
Y al buen Camilo, la pobreza y fundo
De sus abuelos, áspero y salvaje
Míletes crían.

La fama crece de Marcelo justa
Como del seno de montaña virgen
Bajo la acción de imperceptible tiempo
Záfase el árbol.

De Julio el astro sobre todos brilla,
Como en la noche de sereno ambiente,
De cielo claro, sobre mil estrellas
Pálida luna.

¡Padre y custodio del linaje humano
Á ti los hados, de Saturno oh prole,
Dieron la guarda del feliz mancebo
Máximo César!

Reina tú, reina en el excelso Empíreo
Y reine el César en el mundo todo;
Sea que alcance del vencido Parto
Bélico triunfo,

Del Parto fiero que amenaza á Roma;
Sea que dome al opulento Sera
Y al que de oriente mora cabe el rubio
Índico ponto.

Menor que tú, pacífico domine
Al orbe extenso; de tu carro grave
Al peso rudo cuando fácil rueda
Címbrase el cielo.

Y tú á la selva que se sienta impura
Por los delitos del mortal audace
Airado envía inevitable y rojo
Lúbrico rayo.

ODA XIII.

Á LYDIA.

Quum tu, Lydia, Telephi

Quando tú, Lydia hermosa,
Alabas de Telefo placentera
La robusta cerviz de nardo y rosa
Y la piel de sus brazos tan sedosa
Que parecen de cera,
¡Ay, y cómo se inflama
Por la difícil bilis, como hierve
La víscera! mi juicio se derrama,
Y la color, ya rosa, ya retama,
No es dable se conserve.

Furtivamente corre
Por mis mejillas de la rabia el lloro
Que testimonia, sin que el aura borre
Su huella, que cual preso en negra torre
Hondas penas devoro.

Me abraso cuando veo
En tus hombros las lívidas señales
De lo que hizo en horas de recreo
Un rijoso impulsado por Lieo
Con manos criminales,

Y en tu facundo labio
El recuerdo imborrable que insolente
Indómito mancebo, sin resabio
De cultura y del orden con agravio,
Te dejó con su diente.

Si tú, Lydia, me oyeras
No creerías firmes los amores
Del bárbaro que salva las riberas
Del deber al besar como las fieras
Á un centro de primores,

Una boca de suave
Néctar bañada, y do la parte quinta
Dejó de él la Venus que bien sabe
Con él untar á la mujer y al ave
En proporción distinta.

¡Tres veces fortunados
Y aun más, aquellos que con nudo fuerte,
Sin quejas, porque se aman vense atados
Y temen que por ceño de sus hados
Los desate la muertel!

ODA XIV.

Á LA REPUBLICA.

O navis, referent in mare te novi

¡Con vaivén suave llegas á la orilla,
 Oh dulce navecilla!
 Mas, se te esconde ahora que muy pronto
 De nuevas marejadas
 Las olas encrespadas
 Han de volverte al tumecido ponto.

¡Oh! ¿Qué es lo que haces? entra en rumbo cierto
 Y fíjate en el puerto.
 ¿No miras, dí, no miras tu costado
 Expuesto al golpe rudo
 De agua y viento, y desnudo
 En riesgo sin igual, de remo alado?

¿No ves que por el Áfrico nuboso
 Y veloz, el nudoso
 Palo herido solloza y las antenas,
 Y que el mar los bajeles
 No pueden sin cordeles
 Alterado afrontar y sin cadenas?

¡Ay, que no llevas íntegro el velamen
 Y que por más que te amen
 Los notos dioses, niégante su ayuda!
 Y abandonada, inerte,
 Entregada á tu suerte
 En esta vez te dejarán sin duda,

Y de haber sido fabricada pronto
 Con los pinos del Ponto
 Hijos de noble selva, aunque te alabes,
 Y de tu origen raro
 Y de tu nombre claro
 Que hoy te sirve de nada, cual lo sabes.

¡Tímido el nauta fija la mirada
 No en la popa pintada
 Ni en ella fía! Debes con gran tiento
 Huir de la estrechura
 Si no quieres ludibrio ser del viento.

¡Oh tú, querida, causa de mi enfado
 Y no leve cuidado,
 Y hoy de mi afán, evita los latentes
 Y peligrosos mares
 Que nutren los balsares
 De las Cícladas islas relucientes!

ODA XV.

VATICINIO DE NEREO.

Pastor quum traheret per freta navibus

En ideas naves el Pastor perjuro
 Por mar estrecho obscuro
 Á Helena conduciendo, á los alados
 Vientos dejó Nereo
 En inercia, contraria á su deseo,
 Por anunciarle sus terribles hados:
 Con mal agüero, con fortuna escasa
 Conduces á tu casa
 Esa mujer, que ejército no exiguo
 Buscará conjurado
 Tus bodas por romper, de Grecia enviado,
 Y por destruir de Priamo el reino antiguo.

¡Ay! ¡cuánto sudan los caballos! cuánto
 De fatiga y espanto
 Sudan los caballeros! ¡Daño crudo
 Á la troyana gente
 Has causado! Ya Palas el luciente
 Carro prepara, el yelmo y el escudo.

Y del favor de Venus lisonjera,
 La rubia cabellera
 En vano peinarás, haciendo alarde;
 Y, dado á los placeres,
 Versos dirás, en vano á las mujeres
 Arpegiando en tu cítara cobarde.

Y en vano, sin vislumbre de esperanza,
 Evitarás la lanza
 Á tu tálamo hostil, y las saetas
 Del cretense flechero,
 Y al crudo Ajax que te persigue fiero,
 Y el hórrido clangor de las trompetas.

Tarde ¡ay dolor! y sin curarte de ello
 Llevarás el cabello
 Adúltero, de polvo vil manchado.
 ¿De Laertes al hijo
 No ves, que de tu patria es mal prolijo,
 Ni al rey de Piles, Néstor esforzado?

Bravos te acosan Teucro el salamino
 Y Estenelo, divino
 De la guerra en el arte, y que animoso
 Si rige los caballos
 Á fuer de auriga, sabe gobernallos;
 Y aun á Merión conocerás famoso.

Y mira que de hallarte en el deseo
 Se quema de Tideo
 El hijo, que su padre más valiente;
 Á quien tú, como el ciervo
 Que las gramas olvida si al protervo
 Lobo en el valle encuentra de repente,

Evitarás medroso y anhelante,
Otra cosa á tu amante
Habiendo prometido. Aquella armada
De Aquiles iracunda,
De la Frigia matrona pudibunda
Y de Troya mil veces desdichada

Alargará los días. Mas, no eternos
Serán, que nueve inviernos
Apenas le concede su destino.
Y después.....de la Acaya
El fuego ha de trocar en muda playa
El campo donde se alza Ilión divino.



ODA XVI.

PALINODIA.

O matre pulchra filia pulchrior,

Hija más pulcra que tu madre bella,
Bien puedes sin querella
Mis crimosos yambos dar al fuego
Si ello te satisface,
O á la azul linfa si mejor te place
Del Adriático mar enviarlos luego.

No Cibeles honrada en el Dindimo,
Y ni aquel Pitio opimo
Íncola de los arduos penetrales,
Y ni Baco furente,
Así de sus pontífices la mente
Agitan, ni sus duros atabales

Los Coribantes hieren, cual la ira
Funesta que no mira
Ni se detiene ante Norica espada,
Ni ante mar borrascoso,
Ni ante fuego voraz é impetuoso,
Ni ante Jove que viene en la tronada

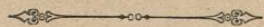
Con horrible tumulto. Prometeo,
Según narran, su empleo
Al llenar, compelido, al primer barro
Mezcló pequeña parte
De los brutos cortada y con tal arte
Que ingerió en nuestro estómago, bizarro,

La saña del león cruel, furioso.
Con estrago ruidoso
La ira postró á Tieste; y causa ella
Siempre fué de que alzadas,
Grandes ciudades viéranse arruinadas
De las que no ha quedado ni la huella;

Y de que altivo vencedor soldado
El enemigo arado
En torno de los muros paseara.
El genio templa duro:
À mí también tentóme, y es seguro,
Allá en la juventud, edad tan cara,

Ese hervor de la sangre cabe el pecho
 Que me llevó derecho
 Los yambos á escribir con furia grave:
 Ya cambiado ahora
 Procuro con afán, bella señora,
 Substituir lo terrible con lo suave,

Siempre que tú, pasada la tormenta,
 Como lo es, y la afrenta
 Retractada, te ostentes dulce amiga
 Y le infundas aliento
 Al pecho descontento
 Que entusiasmo sincero por ti abriga.



OD★ XVII.

Á TINDARIS.

Velox amoenum saepe Lucretilem

Trueca á menudo Fauno su Liceo
 Por este mi recreo
 Ameno Lucretil, siempre florido;
 Y de mi grey aleja
 La estiva luz bermeja
 Y el proceloso viento desabrido.

Del macho desviadas mal oliente
 Buscan hincando el diente
 De la selva en el ámbito seguro
 Mis cabras, los madroños
 Repuestos y retoños
 Del tomillo al que cimbra raudal puro.

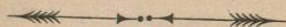
No se curan los rústicos rediles
 De culebras sutiles,
 Ni de lobo marcial, si la colina,
 Si de Ustica inclinado
 La peña, han resonado,
 Tindaris, con su fístula argentina.

Ampáranme los dioses: les agrada
 Mi musa cultivada
 Y mi piedad. De aqueste mi paterno
 Terruño con presteza
 Del campo la riqueza
 Para ti ha de verter el fértil cuerno.

En este valle donde moro estrecho
 Las plantas sobre el techo
 No asienta la Canícula fatales:
 Aquí honrarás en tanto
 Del Teyo con el canto
 Á Penélope y Circe ambas rivales.

Bajo la sombra de gallardo pino
 Copas de Lesbio vino
 Has de libar; y el hijo de Semele
 Amador de batallas
 Esquivará las mallas
 De Marte, que con él juntarse suele.

No temerás aquí de Ciro odioso
 Al par que receloso,
 La móvil mano, lúbrica, insolente;
 Ni que aje el cerco bello
 Que ciñe tu cabello,
 Ni que rasgue la túnica inocente.



ODA XVIII.

Á VARO.

Nullam, Vare, sacra vite prius severis arborem

Oh Varo, árbol ninguno
 Antes que vid sagrada
 De Tíbur en el suelo, inoportuno
 Sembrarás ó en la arada
 Del buen Catilo tierra amurallada.

Porque Dios ha dejado
 Las cosas poco buenas
 Para el abstemio y el mortal cuidado;
 Y ve que no refrenas
 Por otro medio las mordaces penas.

Después de haber bebido
 El vino, su delicia
 ¿Quién, dime, quién increpa desabrido
 Á la dura milicia
 O á la misma pobreza no acaricia?

¿Ni quién de tan opaco
 Entendimiento fuera
 En tan dulces instantes, padre Baco,
 Que no te bendijera,
 Ni á ti, Venus, señora de Citera?

Y porque no indiscreto
 Alguno, de los dones
 De Líbero abusara, no en secreto
 La riña y elaciones
 De los Centauros y agrias intenciones

Contra de los Lapitas,
 Quedaron, que embriagados
 Tras de gritarse injurias infinitas,
 No pocos, de ambos lados
 Cayeron por las armas traspasados.

Ni en lo oculto se guarda
 El grande y justo enojo
 De Evio al mirar la pretensión bastarda
 De los Tracios y arrojado
 Que el bien y el mal confunden sin sonrojo.

¡Cándido Basareo,
 No sin que tú lo quieras
 Te he de sacar turbando tu recreo,
 Ni pondré en las afueras
 Lo que ocultan las frondas lisonjeras!

Reprime con el cuerno
Berecintio los crueles
Panderos perseguidos por el terno
Que salva los dinteles
Del orden como indómitos corceles:

El Amor propio ciego,
La Vanagloria insana
Que yergue la cabeza sin sosiego,
Y el Secreto que explana
Su arcano, como al álveo la fontana.



ODA XIX.

Á GLYCERA.

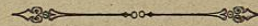
Mater saeva Cupidinum.

Del voluble Cupido
La cruel madre, el hijo de Semele
La Tebana, y el Ocio mal venido,
¡Un amor que juzgaba fenecido
Quieren que me desvele!
Me arrobo de Glycera
Si veo la blancura inmaculada
Más pura que el blancor de la cantera
De Paros y el semblante y su manera
De mirar si es mirada.

Á su Chipre desierta
Venus deja y cae sobre mí toda
Y la antigua afición no me despierta
De narrar del Escita la reyerta
En dulce y fácil oda

Con el Parto, valiente
Al revolver el volador caballo,
U otro asunto sereno y riente
Que me separe del amor urente;
Y cedo y sufro y callo.

¡Mancebos, césped fresco
Aquí poned, verbenas, la acerrilla,
Bienial licor en cántaro grotesco!
¡Pronto vendrá al sitio pintoresco
Blanda la hostia y sencilla!



ODA XX.

Á MECENAS.

Vile potabis modicis Sabinum

Caro Mecenas, caballero ilustre,
De la Sabina despreciable vino
De beber has con parsimonia en pobre
Módica taza,

El rojo vino que en tinaja griega
Guardado yace y que empegué yo mismo
Cuando el teatro resonó en tu gloria
Vívido aplauso

Con tal estruendo, que del patrio río
Por la ribera y Vaticano monte
Tus alabanzas juguetón volvía
Gárrulo el eco.

Bebes Cecubo y el prensado mosto
En el Caleno: mis humildes vasos
Nunca se enfrían con licor de Formias
Y uvas Falernas.



ODA XXI.

Á DIANA Y APOLO.

Dianam tenerae dicite virgines:

Cantad, vírgenes tiernas, á Diana
Del campo soberana;
Dulces mancebos, celebrad á Apolo
De intonsa cabellera,
Y á Latona entre diosas la primera,
Y á la cual Jove excelso estima sólo.

Vosotras celebrad á la que ama
Á los ríos y rama
Del árbol, ya supere en el Algido
Helado, ó en las sombrías
Selvas del Erimanto, ya en las frías
Asperzas del Crago enverdecido.

Vosotros con iguales alabanzas,
Varones, y con danzas
Al claro Tempe sublimad, y á Delo
Patria de Cintio hermoso
Insigne por su aljaba, y cadencioso
Cuando tañe la lira, don del cielo.

Y aquél, por vuestras súplicas movido,
Del pueblo dolorido
Y del Príncipe César soberano
Alejará la guerra
Y el hambre y negra peste á la Inglaterra
Y de la Persia al límite lejano.

ODA XXII.

Á ARISTIO FUSCO.

Integer vitae scelerisque purus

Íntegro el hombre que se mira limpio
De crimen, Fusco, venenosos dardos
No necesita, ni moriscas flechas,
Ni arco, ni aljaba;

Ora atraviese las estuosas sirtes.
Ora atraviese la caucásea roca,
O las llanuras que el famoso Hidaspe
Ávido riega.

Porque á Lalage en el Sabino bosque
Cantaba, inerme, y por ignota ruta
Iba sin pena, al columbrarme huía
Pávido un lobo.

Lobos no cría la guerrera Daunia
En sus sombríos encinares vastos,
Ni el de leones madriguera ardiente
Reino de Juba.

Ponme en la zona donde nunca el árbol
Fué remecido por el aura estiva,
Lado del mundo donde niebla y viento
Frígidis reinan;

Ponme en la tierra donde casi arrastra
Del sol el carro, inhabitada zona:
Á mi Lalage, dulce de habla y risa,
He de amar siempre.

ODA XXIII.

Á CLOË.

Vitas hinnuleo me similis, Cloë,

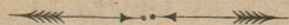
Semejante al cervato
Que busca y busca en el fragoso monte
Á su pávida madre, del pacato
Céfiro receloso y bosque grato,
Fijo en el horizonte

Su mirar por el miedo:
Ya porque le horroriza la llegada
De Primavera que al desnudo olmedo
De móvil fronda y tierna viste quedo
Y verde y plateada;

Ya porque le amedrenta
El caimán escamoso, azul y grácil
Que en húmidos zarzales se aposenta,
Y luego los menea si los tienta
Cuando resbala fácil,

Y al punto le palpita
El corazón cobarde y se estremece;
La rodilla delgada le tiritita.
¡Así Cloë de mí huye, así me evita!
¡Un cervato parece!

Te persigo ¡no llores!
 No por despedazarte como el fiero
 Tigre ó león del África: tus flores
 Deja y madre; en la edad de los amores
 Estás y amarte quiero.



ODA XXIV.

Á VIRGILIO.

Quis desiderio sit pudor aut modus

¿Ni quién, ni quién pudiera
 Avergonzarse, ó al crudo sentimiento
 Poner dique y manera
 Ahora que ha partido
 Del bajo mundo un sér el más querido?

¡Melpóneme sagrada,
 Á quien el Padre excelso voz sonora
 Dió y cítara acordada,
 Una canción ahora
 Me quieras inspirar desgarradora!

¿Conque á Quintilio oprime
 El sueño de que el hombre no despierta?
 ¿Dónde el pudor sublime
 La justicia y fe cierta
 En otro habrán de hallar entrada abierta?

¡Murió, murió Quintilio
 De los buenos innúmeros llorado
 Y más por ti, Virgilio!
 ¡Ay! tú sin fruto al hado
 Lo pides, pues te fué sólo prestado.

Si nuevo Tracio Orfeo
 Tañeras, y aun mejor, la dulce lira
 Por haya y pino Hibleo,
 Escuchada ¡mentira!.....
 Ya la sangre estancada no más gira

En la figura vana
 Que Mercurio á su tétrico rebaño
 Con férula inhumana
 Juntó una vez, del daño
 Sin curarse y á súplicas extraño.

¡Terrible cosa y dura!
 Pero mira que puede el sufrimiento
 Dar á la criatura
 En los males sin cuento
 É irremediables, curación y aliento.

